

abajo, por dejar de mi fama eterna en el mundo.—Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto; y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad; y así, os mando que jamás me habéis ni esteis donde yo estuviere: y, tras estas palabras, le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y, con ejemplos mas modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas, son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado; así, ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar, en los gigantes, á la soberbia; á la envidia, en la generosidad y buen pecho; á la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por dónde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.—Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero, con todo eso, querría que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora, en este punto, me ha venido á la memoria.—Asolviese quieres decir, Sancho, dijo Don Quijote: dí en buen hora, que yo responderé lo que supiere.—Dígame, señor, prosiguió Sancho: esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora?—Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio, ó en el cielo.—Está bien, dijo Sancho; pero, sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos, ¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y, si desto no, ¿de qué están adornadas?—Á lo que respondió Don Quijote: “Los sepulcros de los gentiles fueron, por la mayor parte, suntuosos templos:

las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma *La Aguja de San Pedro*. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que ahora es el castillo de Santángel, en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de *las siete maravillas del mundo*; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser Santos los que en ellas estaban sepultados.—Á eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora: ¿cuál es mas: resucitar á un muerto, ó matar á un gigante?—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote: mas es resucitar á un muerto.—¡Cogido le tengo! dijo Sancho: luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.—Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quijote.—Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los Santos, que con aprobacion y licencia de Nuestra Santa Madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los Santos, ó sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares.—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote.—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser Santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que segun há poco se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la Armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito, de cualquier órden que sea, que valiente y andante caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las dén á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.—Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería; caballeros santos hay en la gloria.—Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir, que hay mas frailes en el cielo que caballeros andantes.—Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.—Muchos son los andantes, dijo Sancho.—Muchos, respondió Don Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros.” En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el



dia siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que, el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y, en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

## CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

**M**EDIA noche era por filo, poco mas á menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero, con todo esto, dijo á Sancho: "Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea; quizá podrá ser que la hallemos despierta.—¿Á qué palacio tengo de guiar, ¡cuerpo del sol! respondió Sancho, que, en el que yo ví á su grandeza, no era sino casa muy pequeña?—Debia de estar retirada entonces, respondió Don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.—Señor, dijo Sancho; ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta, por ventura, de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la